

Al leer las cartas inglesas¹



NICOLAS DAYEZ, OSB²

CuadMon 135 (2000) 431 - 438

Con el título de *Oeuvres spirituelles*, acaban de ser reeditadas las tres obras principales de dom Columba Marmion. Se les ha agregado por primera vez una traducción francesa de las cartas inglesas. Se descubre en estas un dom Marmion que las páginas más austeras de las obras sistemáticas no siempre nos permiten descubrir. Las líneas que siguen quisieran ofrecer simplemente un pequeño eco de ello.

El director espiritual

Asombrosamente a primera vista, dom Marmion se declara contrario a lo que llamamos habitualmente dirección espiritual:

¹ Trad. del original publicado en francés en *Lettre de Maredsous* n° 3 (1999), pp. 162-170. Versión castellana de las Hermanas de la Abadía de Santa Escolástica (Victoria, Buenos Aires, Argentina).

² El autor es monje benedictino, abad de Maredsous.

“Soy enemigo mortal de lo que se llama “dirección”. Solo el Espíritu Santo puede formar las almas, y el director no puede más que indicar a su hijo espiritual el camino por el cual Dios lo conduce, darle algunas reglas generales para su conducta y controlar su progreso, responder a sus dificultades, si se presenta el caso, *en encuentros espaciados*” (carta 19,2).

“Detesto lo que comúnmente se llama *dirección* y directores de moda. A menudo, hay en esto muy poco de Dios y mucho de nosotros mismos.

Por lo que concierne al penitente, tal dirección se resume a menudo en enterrarse en el fondo de su ser, en encerrarse en sí mismo, encontrando tan solo desaliento y miseria. Para el que dirige, es una pérdida de tiempo con palabras doctas, que a nada o a muy poco conducen” (carta 32,1).

Pero solía matizar tales expresiones, de una manera que responde poco al feminismo de hoy:

“No soy gran partidario de mucha dirección. Pienso que el Espíritu Santo es el único director capaz de dar verdadera luz e inspiración. Sin embargo, es deseo de Dios dirigirnos a través de sus ministros. En particular, como dijo san Francisco de Sales, *la mujer, por más inteligente y santa que sea, debe ser conducida por el ministro de Cristo*. Estos son los caminos de Dios” (carta 27,2).

Tenía un sentido muy desarrollado de la acción del Espíritu Santo, a la que no quería en ningún caso oponerse.

“Veo que él mismo se ha encargado de su alma” (carta 30,5).

Por eso llegó a la conclusión de que las intervenciones del «director» pueden o deben ser espaciadas.

“Si la veo durante el retiro, dos o a lo sumo tres cartas por año

deberían bastar” (carta 19,2).

“Es necesario que el director conozca *perfectamente* el alma; hecho esto, debe indicarle el camino que ha de seguir y luego dejar que obre el Espíritu Santo. De tiempo en tiempo, en encuentros espaciados, debe controlar sus progresos, y si ocurre algo fuera de lo ordinario deberá él saberlo, pero en mi opinión, las largas y *frecuentes* cartas de dirección son más perjudiciales que beneficiosas” (carta 27,2).

Esto no impidió a veces a Marmion tomar las cosas en su mano y de manera aparentemente autoritaria.

“En la medida, en que tengo autoridad sobre usted -y si no he entendido mal, usted me ha dado plenos poderes- deseo que corresponda sin temor a estas invitaciones de la gracia” (carta 19,11).

“Puede estar totalmente segura de que Nuestro Señor ha confiado su alma a mi cuidado, y que puede fiarse de mis palabras” (carta 19,4).

«Usted dirá: “¡Qué impertinencia tomar la dirección de mi alma sin habérselo pedido!” Estoy seguro de que es la voluntad de Nuestro Señor. Por tanto, usted no tiene otra alternativa que aceptar esta disposición» (carta 19,1).

“Su carta me ha dado una gran alegría, pero no debe pensar en cambiar de director. Estoy seguro de que Dios nos ha unido en su amor, dándome la gracia de guiarla hacia Él” (carta 30,3).

Tenía su opinión sobre ciertos directores.

“Sea muy prudente al hablar de su vida interior, aún a los sacerdotes, entre los cuales, muchos no tienen experiencia de tales cosas” (carta 27,3).

“Creo que su director es excelente y que, por todo lo que concierne a su vida, su tiempo y su vocación, usted no puede estar en mejores manos; pero estoy seguro que él no comprenderá su oración” (carta 21,4).

Sin embargo, él no quiere tomar su lugar:

“Para esto, su amigo y director (...) es exactamente el que usted necesita. Yo podría ayudarla muy poco en esta oportunidad; no es este mi camino” (carta 21,18).

Y sobre todo sabía que no se puede ocupar el lugar de Cristo.

«Cuando Madre Gertrudis More... estaba ya muriendo, su director el P. Baker, osb, que había hecho mucho por ella, fue a verla y la abadesa le anunció su llegada. Ella contestó: “No tengo necesidad de nadie”. Jesús lo era todo para ella» (carta 21,21).

Consejos y directivas

A Marmion no le faltaba sentido psicológico. Irlandés de origen, belga por adopción, logró rápidamente describir en pocos trazos el alma belga y el alma irlandesa.

“Cuando son buenos, los belgas son excelentes” (carta 8,3).

“El carácter irlandés es tan impulsivo que nunca se estará seguro de que no pase bruscamente de un extremo a otro, a menos que la persona haya sido consolidada y madurada por largos años de disciplina y fidelidad” (carta 13,16).

En nuestros días, alguno ha pensado proponer a Marmion como patrono de la psiquiatría sistémica. Una preocupación evidentemente ausente en las cartas, al menos en el vocabulario, pues que dom Marmion, conocía las contradicciones del alma humana.

“Usted es una *impresionista pesimista*, y tiene un temor extraordinario a las buenas impresiones. Créame, sus impresiones desalentadoras son falsas; las otras, en general, son verdaderas” (carta 19,11).

Se muestra más que reservado sobre la tendencia a la introspección, a la angustia, a lo que algunos llamarían un “complejo de inferioridad”, y a otros comportamientos que no favorecen una vida espiritual auténtica.

“En su vida espiritual, evite examinarse demasiado. Es suficiente que Dios la conozca. Piérdase en él, y se encontrará a usted misma en él. Es mucho más ventajoso para usted volver su mirada hacia Dios que hacía usted misma” (carta 23,2).

“Usted presta demasiada atención a su pequeñez, a sus miserias, a sus insuficiencias, y muy poca a Jesús. Él la quiere tanto, es tan grande, tan fiel, tan sabio, tan fuerte” (carta 21,19).

“No continúe exaltando todo; contétese con obrar sencillamente, y pídale a Jesús la gracia de amar con desprendimiento, es decir de manera que ningún afecto humano se vuelva necesario: Una sola cosa es necesaria” (carta 21,10).

“Siga la inspiración del Espíritu Santo en una gran paz; toda ansiedad es enemiga mortal de la disposición que el Espíritu desea encontrar en el alma que llama a una gran unión con Él” (carta 8,1).

“No torture permanentemente con el miedo su pobre corazón, sino mire a Jesús: él posee para usted, su esposa, todo lo que le falta a su pobreza” (carta 21,16).

La santidad

En las cartas de Marmion, se buscará en vano un llamado explícito

a la práctica heroica de las virtudes. Lo que no significa la puerta abierta a la mediocridad. Dom Marmion tenía un sentido muy agudo de la santidad como don de Dios, sean cuales fueren las debilidades con que la gracia se encuentre.

“No es nuestra perfección la que puede deslumbrar a Dios, que está rodeado de miríadas de ángeles. Es nuestra miseria, nuestra indignidad reconocida la que atrae su misericordia... Vea usted, querida..., si puede comprender, siquiera una sola vez, que nunca es tan amada por Dios, que nunca lo glorifica tanto como cuando usted toma plena conciencia de su miseria e indignidad” (carta 21,13).

Cuando era confesor en las cárceles, antes de su entrada a Maredsous, dom Marmion estimaba que ciertos detenidos vivían “una vida de real perfección” (carta 3,1), mientras él los veía como posesos del diablo y dispuestos a todo. Esto puede hacernos reflexionar sobre la manera en que nosotros vivimos lo que llamamos perfección evangélica.

“Tengo el gran deseo de hacer de usted una santa. Sé que Nuestro Señor lo quiere, y lo que le exige para esto es que lo haga todo por amor, muy simplemente, y que no se asombre de no ser siempre perfecta como usted querría” (carta 32,2).

“Hay dos caminos hacia la perfección, es decir hacia el amor perfecto. Uno consiste en buscar a Dios continuamente en la persona de nuestro prójimo, el otro es buscarlo en la contemplación; poco importa por cual de los dos caminos él quiere llevarnos con tal que lo busquemos y permanezcamos en él en un perfecto amor” (carta 3,14).

«Trate de llegar a ser santa, reconociendo en usted toda la dimensión de sus miserias pasadas, de su indignidad presente, de sus infidelidades en potencia y futuras; y, al mismo tiempo, honrando “al Padre por Jesucristo”, apoyándose con la más absoluta confianza en sus méritos infinitos» (carta 5,3).

«No la considero una santa o una persona muy espiritual, pero el Señor la ha conservado pura y sin pecado grave, y sé que quiere mantenerla unida muy íntimamente a él. “Te bendigo, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños”. Usted es uno de esos pequeños» (carta 19,8).

El cómo de la santidad

Dom Marmion manifiesta mucha libertad en cómo vivir la santidad. Sabe que Dios es libre en sus opciones.

“El hecho de vivir o no en el claustro es un simple accidente y no puede afectar o disminuir su amor si, como es el caso, la decisión proviene de la voluntad de Dios, de sus misteriosos designios sobre su alma. San José Labre, que es un gran santo, canonizado y venerado por la Iglesia fue muy fuertemente atraído por nuestra vida benedictina. Entró varias veces (creo que tres) y, después de haber hecho todo lo que podía, tuvo que salir. Llegó a ser santo, lo que probablemente no lo hubiera sido en el claustro, porque éste no era el camino que Jesús había elegido para él. Un santo cuya vida puede resumirse en estas palabras de la santa liturgia: *Este hombre cumplió todo lo que Dios dijo*. Esto es la perfección” (carta 21,19).

“No sé si realmente Nuestro Señor quiere que usted lo siga en el claustro. Quiere ciertamente todo su corazón. Es una simple cuestión de detalle seguirlo en el convento o fuera de él. María le perteneció totalmente fuera de un convento, al pie de la cruz” (carta 21,16).

Hacerlo todo por amor

Es conocido el programa espiritual escrito por Marmion de un tra-

zo en respuesta a una interlocutora que lo interrogaba al respecto.

- «1. Hacer todo por amor.
2. Por amor, trabajar, sufrir y soportar a pesar de la monotonía, como Jesús en la cruz.
3. Si él pide algo, no rehusarlo jamás; pero si esto parece demasiado duro a la naturaleza, orar y orar hasta que él le dé la gracia para ello.
4. Guardar la mirada del alma siempre fija en su único amor, por el cual lo ha abandonado todo. Si algo se interpone entre usted y Él, Él se lo hará ver “a la luz de su rostro”» (carta 32,1).

Y siempre fue enemigo de toda rigidez.

“He leído su programa cotidiano. Es razonable y exactamente lo que le conviene. No lo siga con demasiada rigidez, sino con soltura y a la vez con fidelidad” (carta 21,12).

En la introducción a la nueva edición de las *Oeuvres spirituelles*, el P. Mark Tierney pone en guardia contra la tentación de la “sobredosis”. Hay un remedio muy acertado: leer regularmente una sola carta de dom Marmion, como si fuese dirigida a usted. El provecho espiritual no estará lejos.